

El Leviatán

Verónica Coello

«Mira, solo hay un medio para matar a los monstruos; aceparlos».

Julio Cortázar, Los reyes.

Lo estoy esperando como siempre. De pie, al filo de la cornisa de roca. El mar golpea fuerte y la espuma moja mis pies. El sonido de mar me relaja, cierro los ojos y disfruto la brisa, pero siento su presencia, está próximo a llegar. Es la hora.

Hace algunos años quedé viuda y deseaba morir. El dolor me estaba consumiendo. El vacío interior es peor que el físico. Los espacios se volvieron insoportables, el aire me aplastaba y abandoné la ciudad para refugiarme en un pueblo alejado del ruido del mundo.

Compré una casa pequeña sobre una gran roca con vista al mar desde todas las ventanas. Una tarde presa de mi tristeza empecé a caminar y bajar un poco por el peñasco hasta llegar a una cornisa donde rompen las olas y todo se llena de espuma; entonces fue cuando vi el mar agitarse de una manera extraña. No eran olas, pero algo se acercaba. No lograba entender qué era porque en la superficie no se veía más que una línea enorme abultada que avanzaba hacia mí. De repente desde el agua vi salir un Leviatán gigante, ese monstruo marino que había conocido a través de las leyendas estaba frente a mí, mostrándome sus colmillos mientras bramaba y se acercaba, me abrió sus fauces hasta casi tragarme, pero no lo hacía. Me dejaba ver su interior lleno de peces muertos y algas. Expelía un olor nauseabundo. De pronto, se retiraba un poco para mirarme y yo también lo miraba.

Luego de la pérdida de mi marido, la muerte no me asustaba, si me iba a llevar, que me llevara de

una vez, pero que no tratara de atemorizarme. Yo no le temía y creo que lo entendió. Puso su enorme cara frente a la mía, me olfateó y yo no me moví. Volvió a gruñir y yo le grité en respuesta. Le grité mucho y enseñé mis dientes, furiosa también. Sus ojos amarillos gigantes se incrustaron en los míos.

Tiene la apariencia de un dragón con una trompa un poco alargada, grandes cuernos sobre su cabeza y pequeñas aletas donde nosotros tenemos las orejas. Estuvimos un largo tiempo sólo mirándonos y resoplando hasta que de repente bajó la trompa hasta la altura de mis pies. Temí un poco, pero estaba en un punto donde no podía ni quería regresar. Levanté un pie y me sujeté de su frente y con el otro pie tomé impulso hasta alcanzar un cuerno y poder llegar hasta su cabeza. Una vez allí, me puse a horcajadas sobre él mientras sujetaba bien sus cuernos y el Leviatán empezó a levantarse y girar. Ese fue el único momento que sentí miedo. Él giro en dirección a mar abierto y sin sumergirme del todo nadó a gran velocidad. Tenía mis piernas pegadas lo más fuerte que podía a su escamosa piel y abrazaba el cuerno para no caer. Hubo momentos que se sumergió tanto que pensé que quería ahogarme, pero cuando sentía que me estaba aflojando subía a la superficie. Pasamos la noche entera así. Juntos. Cuando llegaron los primeros rayos del sol que pintaron de dorado el cielo y las aves empezaron a volar, él comenzó a hacer un ruido que parecía un silbido, como si estuviese cantando y lo abracé. Lo abracé durante un largo rato. Giró nuevamente y me regresó a la cornisa. Desde ese día hasta hoy vengo todas las tardes a su encuentro y paso mis noches junto a él. Ahora ya no brama cuando me ve. Nos miramos en silencio, él baja su trompa y yo acaricio sus escamas. A veces trae heridas, las beso con cariño y pego mi rostro a su cara mojada y áspera. No nos tenemos miedo. No nos lastimamos.

Verónica Coello. Guayaquil, 1976. Licenciada en Comunicación Social y Máster en Comunicación e Identidad Corporativa de la Universidad de la Rioja. Ha trabajado en televisión y radio. Es columnista desde hace tres años de diario *El Universo* y lo fue de la revista *Hogar*. Docente de Lengua y literatura. Empezó su carrera literaria como miembro del club de lectura de *La Casa morada* y en los talleres de escritura de Solange Rodríguez. *La cena* (2017), de la que fue tomado este relato, es su primer libro de cuentos.